

COFRADÍA LAS SIETE PALABRAS
Aurelio García Macías, Delegado de Liturgia

Homilía

SEMANA SANTA 2006

Sermón de las Siete Palabras

14 de abril de 2006

Bendito sea Jesucristo, / Hijo amado de Dios Padre, / Siervo Ungido por el Santo Espíritu, / Señor de todo lo creado, / Señor del tiempo y de la historia, / Alfa y Omega, / Principio y fin, / el que es, el que era y el que va a venir, / el que estuvo muerto y vive, / el Crucificado Resucitado; / a Él nuestra alabanza / y nuestra acción de gracias / hoy y siempre. / Amén.

Prólogo

Era la hora tercia cuando crucificaron a Jesús (Mc 15,25). Culminaba, hacia las nueve de la mañana, una noche de pasión, de acelerados e injustos procesos judiciales, de amarga traición de hermanos, de silencio agónico e impotente frente a los excesos imaginables del corazón humano. La noche huía y el amanecer sorprendió a todos con las manos manchadas.

Tras la condena a muerte dictada por el gobernador Pilato, la triste comitiva de condenados se dirigía extramuros, hacia el escenario siniestro de las ejecuciones, al lugar de la vergüenza, llamado La Calavera. Era acompañada por multitud de judíos y forasteros que estaban allí para celebrar la fiesta de Pascua y no querían perderse el espectáculo. Los condenados a muerte eran expulsados de la ciudad santa, siempre morían fuera de Jerusalén y del templo, lejos de los hombres y de Dios. Nosotros, sin embargo, hemos sido convocados, bien de mañana, por el clamor de la trompeta, a venir de todos los

Hoy, Viernes de la Cruz, estamos de nuevo en la Jerusalén de entonces. Queridos cofrades, turistas y autoridades; queridos enfermos y ancianos, aquellos que os hacéis presentes por la radio o la televisión; queridos religiosos y laicos, presbíteros y diáconos; querido Pastor y Obispo de esta Iglesia de Valladolid; somos invitados a contemplar a Jesús en esta hora crucial de su historia y de la historia, y aprender su ejemplo. Al contemplar al Cristo clavado en la cruz, me he preguntado muchas veces ¿cuál sería la escena ante los ojos del Crucificado? ¿Cuál sería el espectáculo horrible que viera desde la cruz? Contemplemos lo que Él contempló desde lo alto del madero.

Somos invitados a escuchar a Jesús en su coloquio último con el Padre y los hombres y recordar su testamento. ¿Cuál fue la respuesta humana en aquellos trágicos momentos?, ¿cuáles fueron las últimas palabras que escuchó de los hombres antes de morir? Escuchemos lo que Él escuchó desde lo alto de la cruz.

Somos invitados a revivir en nosotros los mismos sentimientos de Cristo en la hora de la verdad, de la máxima verdad de la vida; cuando ya no hay tiempo para las apariencias e hipocresías; cuando ya no importa la gente ni la imagen ni el quedar bien ni el qué dirán; cuando uno se enfrenta al final y a la verdad de sí mismo, y ya no hay más posibilidades de vida. Esta es la hora última de Cristo, del sufrimiento y del amor extremos, cuando se hizo tiniebla incluso en el corazón mismo del mediodía. Era la hora sexta.

1. Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen

«Y cuando llegaron al lugar llamado La Calavera, lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen... El pueblo estaba mirando; las autoridades le hacían muecas diciendo: "A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido". Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: "Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo"» (Lc 23,33-37).

por las ridículas ropas de los ajusticiados. Refleja la sinrazón errada de los verdugos a sueldo, la crueldad absurda de los criminales, que se divierten con el dolor de los demás.

Por tanto, el pueblo ríe y calla, con la ignorancia del que ha sido manipulado. Las autoridades judías ríen y desafían a un blasfemo idólatra, con la satisfacción del que ha vencido. Los soldados romanos ríen y ejecutan a un rebelde, con la conciencia del deber cumplido. Todos se ríen. Todos le echan en cara su doctrina, dudan de su mesianidad: *«Si eres el Hijo de Dios, que te salve ahora»* (Sal 22,8-9). Todos exigen pruebas evidentes y signos visibles del extraordinario poder que tuvo con otros: *«Baja de la cruz»*. En este preciso momento: *«ahora»*. Si eres capaz de hacerlo, creemos en ti.

¿Cuál fue la actitud de Jesús? Conmueve su silencio ante las acusaciones. No entra en la provocación violenta de sus amenazadores, porque sabe que la agresividad aumenta la violencia. Su silencio es la respuesta al odio. Indefenso ante el despiadado sarcasmo humano y humillado por las burlas, no baja de la cruz; quiere entregar su vida al Padre para la salvación de todos. Es el misterio del Jesús sufriente y mudo ante el misterio del mal y de la muerte.

Él, que desde el inicio de su ministerio público había enseñado a sus discípulos: *«Sed compasivos con todos y perdonad»* (Lc 6,36-37).

Él, que a la pregunta de Pedro: *«¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?»* (Mt 18,21-22), le había respondido: *¡siempre!*.

Él, que nos enseñó a orar: *«perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»* (Mt 6,12).

Él, que aconsejaba: *«Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persigan»* (Mt 5,44).

Él, que salva la vida de la mujer adúltera a punto de ser lapidada y la perdona (Jn 8,11), como a tantos otros pecadores y enfermos... Ahora, perdona, disculpa y ora por sus torturadores. No se deja llevar por la venganza ni grita contra sus adversarios. Simplemente perdona. El perdón es su respuesta al látigo, la mofa y el verdugo. Disculpa, incluso, a sus ejecutores: *«no saben lo que hacen»*. Y ora e intercede por ellos ante el Padre (Is 53,12): *«al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no*

Junto a la cruz de Jesús crucificaron a dos delincuentes, uno a cada lado. Jesús era para ellos un malhechor más. Los tres compartían el mismo suplicio al final de su vida. Sin embargo, el relato evangélico describe una hermosa página de aceptación y rechazo, de libertad humana y misericordia divina.

La tradición popular fijó el nombre de Gestas para el mal ladrón. Aparece como un hombre impetuoso que, influenciado tal vez por los gritos de la gente y la angustia de estar sujeto al tormento de los criminales, insulta a Jesús. Se dirige a Él y le propone su última tentación: ser un Cristo de poder y gloria, de signos milagrosos que liberen del suplicio mortal a la vista de todos. Al mirar a Jesús, no ve más que un rostro maltratado y marcado por el dolor, lleno de sangre y heridas, como el suyo.

El otro bandido, distinguido popularmente con el nombre de Dimas, también mira a Jesús. Después de ver caras de ira y odio hacia él, encuentra la mirada comprensiva y misericordiosa del inocente injustamente condenado. Entonces, con valentía y humildad, reconoce su propia verdad, asume en el trance de muerte su equivocación y fracaso. Es entonces cuando reacciona y corrige la actitud altiva de su compañero: *«¿Es que no temes a Dios?»* Es entonces cuando se dirige a Jesús con el título político de Rey, motivo de su condena señalado en el letrero de la cruz, y suplica su salvación. Paralizado por los clavos de la muerte, el buen ladrón arrepentido conserva su última libertad, la de la fe. Ha presentido que el Reino de Dios ha llegado para él, es Jesús; ha experimentado la presencia del Dios de la Vida en el suplicio mismo de la muerte; ha suplicado perdón y goza ya de la misericordia divina.

En estos dos personajes advertimos dos reacciones contrarias ante el mismo espectáculo y la misma persona; dos actitudes diversas fruto del misterio de la libertad humana. ¡Este es el hombre! Nuestro destino se compendia en el destino de los dos malhechores: uno blasfema contra Dios y el otro cree; uno se retuerce en su propia rebelión interna, el otro confía. Ellos, no sólo son ellos, son nosotros.

Pero, ¿cuál fue la reacción de Jesús ante ellos? Silencio ante la provocación de uno; aceptación de la súplica del otro; misericordia para ambos. Jesús no responde al desafío airado del mal ladrón que exigía la liberación milagrosa de los condenados. Reta a Jesús como última posibilidad para librarse del suplicio mortal. Pero es inútil. Jesús no responde ni a sus insultos ni a su provocación.

Sí responde a la súplica sentida del buen ladrón. Y responde a la condenación de su compañero.

Señor Jesús, / Rey sin reino, / incluso en el momento último de la cruz / constatas la ambigüedad del corazón humano. / Unos te insultan y desprecian; / otros te encuentran y confiesan. / Unos te ignoran; otros te anuncian. / Unos te siguen; otros te persiguen. / Y a todos diriges tu mirada de compasión, / tu palabra de misericordia, / tu promesa de salvación.

Señor Jesús, / acuérdate de mí, cuando me encierre en mi egoísmo; / acuérdate de nosotros, cuando nos cerremos al perdón; / acuérdate de aquellos que cierran los ojos / para ignorarte y borrarte de la historia. / Acuérdate de todos, cuando llegues a tu Reino.

3. Mujer, ahí tienes a tu hijo... Hijo, ahí tienes a tu Madre

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa» (Jn 19,25-27).

Después de entregarse a sí mismo, Jesús entrega lo más querido, el único amor que le queda, se despoja de lo más íntimo de su corazón: la madre y los amigos, su verdadera familia de sangre y de fe. Junto a la cruz están María, su Madre, y Juan, el Discípulo Amigo. Mira a la Madre para entregar al Discípulo, y mira al Discípulo para entregar a la Madre. Son confiados mutuamente. Y establece entre los tres una íntima comunión que nos hace a todos hermanos en el Hijo e hijos en la Madre.

En el colmo del sufrimiento, Jesús encuentra la mirada de su madre María. Es una mirada de común e indecible dolor y aliento. Había desaparecido de todo protagonismo durante su misión pública, pero le ha seguido muy de cerca hasta la cruz. Ahora asiste impotente a la tortura del hijo de sus entrañas, ve al pueblo burlarse de él, sus ropas sorteadas para otro, clavado a una cruz cual criminal... desnudo y desangrado. ¡Ahora entiende la hondura de las palabras profetizadas sobre ella por el anciano Simeón! *«Una espada te traspasará el alma» (Lc 2 35).* María se siente traspasada por la espada de dolor anun-

populosos de la gran ciudad occidental? ¿Qué decir, hermanos, de las mujeres obligadas a prostituirse por las mafias reconocidas, o los niños esclavos condenados de por vida a producir? No es demagogia, hermanos. Son personas. Son hermanos. Son hijos. De nada sirve compadecer con palabras y sentimientos los sufrimientos de este mundo, si nuestra vida continúa insensible al dolor de los demás. Juan nos muestra un amor que socorre y consuela.

En María contemplamos la fidelidad del amor en los momentos duros de dolor y sufrimiento; el consuelo silencioso de la madre cuando ya nadie sabe qué decir; la presencia materna al lado de la cruz de innumerables hijos, que son crucificados de modos diversos en cualquier rincón del mundo. En María contemplamos el dolor de las madres que lloran a un hijo humillado, herido, desaparecido o asesinado. María nos muestra un amor que sabe compartir el sufrimiento.

Y en ambos, contemplamos el amor y la fidelidad de la débil Iglesia representada en ellos, que escucha la Palabra de su Señor. La Madre y el Discípulo Amigo nos muestran el amor universal que ama a todos, que sufre con todos, que acoge a todos.

Oración:

Señor Jesús, / cuando viene el dolor y el sufrimiento / que hunde en la amargura y la tristeza, / quisiera estar junto a esa cruz como María, / Madre de los dolores.

Cuando asaltan las dudas y el desánimo, / y la fe oscurecida todo lo derrumba, / quisiera estar en pie como María, / Madre de los creyentes.

Cuando viene la soledad y el desamparo / en los que nadie se siente acompañado, / quisiera esperar junto a la cruz como María, / Madre de la Iglesia.

4. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

«Hacia la hora nona, Jesús gritó: "¡Elí, Elí, lamá sabactaní!" Es decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me

signo de odio. «*Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo de Dios?*» (Mt 26,50; Lc 22,48). Es el auténtico traidor, que inicia la cadena de entregas hasta el nefasto desenlace del discípulo y del Maestro, de Judas y Jesús. La perdición de Judas fue la avaricia, el ansia de poder y la ambición de dinero, la complicidad con los poderosos y la prepotencia reinante en el corazón de todo hombre, que desde el inicio de la historia se llama egoísmo. Judas fue vulnerable al dinero y la traición. Judas, amigo mío, ¿por qué me has abandonado?

Pedro tampoco está. Es víctima de su propia presunción. Se cree fuerte, y es débil; se cree seguro, y va a fallar; se cree único, y es como todos. Jesús presiente la debilidad del más fuerte, pero Pedro está seguro de seguirle hasta el final. Cuando en el camino nocturno de casa en casa y de juicio en juicio, Pedro encuentre la mirada de Jesús y entre en sí mismo, descubrirá su negación traidora y llorará amargamente. Lágrimas de humildad para ahogar su orgullo. Lágrimas más por sí mismo que por el Señor. Jesús es víctima del miedo paralizante del que se quiere sólo a sí mismo, de la cobardía de quienes no quieren exponerse al juicio de los demás, del temor de aquellos que viven de la opinión engañosa e hipócrita de la gente. Pedro, ¿tú también? ¿por qué me has abandonado?

Jesús experimenta también el abandono de la justicia. Pilato gobierna sin otra verdad que su poder. Sabe que ese condenado es inocente. Su corazón está dividido y sometido a enorme presión política que obliga a pronunciar sentencia. Pero prefiere su posición social al derecho. Halaga a la muchedumbre para canalizar su ansia de poder y ambición. Sigue la cruel sabiduría de los dominadores que entregan chivos expiatorios a las masas. Pilato, representante del poder, juez injusto, ¿por qué me has abandonado?

En esta extrema desolación, Jesús se dirige al Padre y grita el dolor de su abandono: Dios mío, ¿por qué? ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué soy entregado al horror de la muerte? ¿Por qué te siento ausente ahora? ¿Por qué? Es grito de queja y angustia, no desesperación. Jesús experimenta el silencio del Padre. Con esta lamentación del salmo 21, Jesús asume en sí el Israel sufriente, la humanidad que padece el desgarramiento del sufrimiento y el drama de la oscuridad de Dios. Es un diálogo íntimo entre Dios y Dios, entre Padre eterno e Hijo Encarnado. «*No me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación*» (Sal 26,9). Pero, en la cruz, Jesús manifiesta la fidelidad a un Dios que parece ausente e indiferente a nuestro

por la pérdida de sangre. Pero, ¿no es extraño que en medio de tanto dolor y necesidad sólo manifieste su sequedad? En el abandono más absoluto, Jesús experimenta la debilidad de sus fuerzas físicas, el agotamiento de su cuerpo, la radical fragilidad humana. *«Tengo sed»*.

Es la misma súplica que expresó al inicio de su misión a la mujer samaritana (Jn 4,1-42). Pasa por la región de Samaría hacia su tierra de Galilea. Está fatigado por el camino y el calor del mediodía, se sienta junto al pozo de Jacob y allí encuentra a la samaritana. Sin conocerla, suplica: *«Dame de beber»*. Y aquella mujer se extraña y sorprende. ¿Tú, hombre judío, me pides de beber a mí, mujer samaritana? Pero... si los judíos odian a muerte a los samaritanos; pero... si entre nosotros ningún hombre suplica a una mujer... Y se establece un diálogo insólito entre ambos, al mismo nivel de respeto y verdad. La mujer da a beber a Jesús un agua que calma momentáneamente la sed; y Jesús promete un agua viva que calma la sed para siempre. Hablaba del don del Espíritu, que se convertirá en el cristiano en un manantial interior de gracia y vida. Y la mujer creyó en él; y habló de él a todos sus paisanos; y muchos desde entonces siguieron a Jesús.

Ahora, al final de su vida, vuelve a manifestar su sed y pide de beber a los allí presentes. Tiene sed porque le falta la vida. Para continuar la burla, un soldado empapó una esponja en la bebida ácida que usaban los romanos y le ofreció de beber. Agua de muerte al que prometió agua viva.

Es inevitable establecer una comparación entre ambos momentos y personajes. Jesús manifiesta únicamente su sed al comienzo de su misión a una mujer samaritana y al final de su vida a un soldado romano. ¡Qué casualidad! Ambos extranjeros e impuros, es decir, odiados por el pueblo judío y considerados malditos de Dios; ella, mujer de cinco maridos, y él, hombre con las manos manchadas de sangre. Precisamente a ellos es a quien manifiesta su sed y pide de beber. Jesús muestra con este signo su deseo de comunión con los considerados malditos y excluidos del pueblo elegido. Entonces... ¿de qué tiene sed Jesús?

Sed de comunión con los no amados, sean ricos o pobres, hombres o mujeres, jóvenes o ancianos. *«Tuve sed y me disteis de beber... ¿Cuándo te vimos sediento y te dimos de beber?. Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis?»* (Mt 25.35-40) Si algún día cayeras en desgracia

Oración:

Señor Jesús,

Tu sed manifiesta la indigente debilidad del ser humano. / Tengo sed de vida.

Tu sed recuerda la necesaria ayuda de los otros. / Tengo sed de comunión.

Tu sed revela que Dios suplica al hombre el sí de su amor. / Tengo sed de fidelidad.

«Dichosos los que tengan sed... porque quedarán saciados» (Mt 5,8).

6. Todo está cumplido

«Vinieron las tinieblas sobre toda la región, hasta la media tarde; porque se oscureció el sol» (Lc 23,44)

«Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: Todo está cumplido» (Jn 19,30).

Jesús no es víctima de un acto terrorista, nadie le quita la vida; sino que Él la entrega voluntariamente por amor. Así lo anticipa él repetidas veces a sus discípulos antes de su pasión: «Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida... Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente... esa es la orden que he recibido de mi Padre» (Jn 10,17-18). Su vida se comprende como el cumplimiento obediente de la misión encomendada por Dios Padre. Y, ¿cuál es esa misión? ¡Qué bien lo sintetiza el apóstol san Pablo en el hermoso himno de la Carta a los cristianos de la ciudad griega de Filipos! (Flp 2,6-11):

Jesús, siendo Dios y gozando del eterno amor del Padre, *se despojó* de su rango, *se rebajó*, pasando por un hombre cualquiera como nosotros. Más aún, quiso asumir la condición de siervo, el último lugar, para que nadie pudiera sentirse menospreciado por debajo de Él. Y como hombre experimentó el dolor del sufrimiento y de la muerte. Más aún, experimentó una muerte ignominiosa, la más cruel y despreciable de entonces, la reservada a los criminales, para asumir en sí todo el dolor de los hombres y crucificar en él nuestras cruces. Precisamente por esta obra y actitud Dios Padre *lo levantó*, lo resucitó, lo glorificó y

este motivo acepta Pedro. Después, Jesús vuelve al lugar presidencial de la mesa y como buen maestro les pregunta si han comprendido la lección. Y concluye: «*os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo*». Celebrar la eucaristía supone estar dispuesto a lavar los pies, como gesto de amor. Ser discípulo de Cristo significa estar dispuesto a entregar la vida, a ser Cuerpo entregado y Sangre derramada para servir con humildad a los otros.

Ahora, el suplicio de la cruz no es más que la culminación de una vida entregada. Es la consecuencia lógica de una vida que se ha ido entregando, poco a poco y día a día, en sacrificio callado por los demás. Clavado en la cruz, se despoja totalmente de sí mismo. Humillado en su dignidad interior y deformado en su apariencia externa. Ya no volverá a ser el mismo. Su rostro ha sido desfigurado, sin aspecto atrayente ante el que se vuelve la cara para no verlo ((Is 53,4-6).

En este estado, cuando presiente ya la hora fatídica de su muerte, reconoce el final de su misión. «*Todo está cumplido*», Padre; tal como Tú mandaste. Ha llegado el fin. Es el grito del que concluye su vida con la tarea terminada, pese al dolor y sufrimiento inevitables. Es la exclamación del siervo humilde que ha ofrecido su vida para colaborar con Dios en este plan de amor que tiene para el mundo.

Precisamente en este momento sólo hay silencio y tiniebla en el lugar de la Calavera. Todos los personajes callan y desaparecen de esta escena evangélica. Ya no se oye el griterío de la gente, que poco a poco se aleja del lugar. Se presiente la ausencia de todos, excepto de los más íntimos. En pleno mediodía Jesús grita: Todo está cumplido, Padre; tal como Tú has deseado. *Consumatum est*.

Oración:

Señor Jesús,

has elegido el camino de la humildad / frente a la farsa social y la soberbia;

has elegido el camino de la entrega / frente al utilitarismo y la avaricia;

has elegido el camino de la verdad / frente a la mentira y la explotación;

has elegido el camino de la cruz / frente al éxito y la frivolidad.

lo que ha hecho y hace, toda su vida y ministerio mesiánico. Supera el abandono de Dios confiando en Él. ¿Por qué? Porque se siente unido a Él y sabe que no le defraudará. Así lo expresa el salmo y cantamos en el *Te Deum* los días solemnes: «*En ti, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre*». Su absoluta confianza en el Padre ahuyenta la desconfianza. Es el momento de la fidelidad y de la fe, como enseña el Apocalipsis: «*Se fiel hasta la muerte y te dará la corona de la vida*» (Ap 2,10).

Mientras Jesús luchaba entre la vida y la muerte, los personajes de aquella escena evangélica están ajenos a este momento y diálogo trascendental. La mayoría del pueblo curioso se había marchado, cansado ya de esperar y urgido por preparar la solemnidad que comenzaba esa misma tarde. Nada se dice de los discípulos, a excepción de Juan. Tan sólo se menciona a las mujeres del grupo de Jesús, que observan desde lejos esperando fieles. Estarán presentes en su entierro y serán los primeros testigos de su resurrección. Los soldados aguardan impasibles para certificar el cumplimiento de la condena; y se aseguran de la muerte de Jesús con la lanzada que atravesó su pecho. Sin embargo, sorprende la reacción del centurión romano que ha presenciado toda la escena. Ha escuchado sus palabras y ha observado su actitud; ha oído hablar de perdón y ha presenciado la promesa a uno de los malhechores; le ha visto orar y no devolver las injurias recibidas. Tras su muerte, el centurión atónito exclama: «*Verdaderamente este hombre era hijo de Dios*». ¿Qué ha contemplado este hombre para decir esto? ¿Qué ha visto en este Crucificado que no viera en los demás? El testimonio de un hombre justo; el ejemplo supremo del verdadero amor. Este es el hombre. *Ecce homo*. Este es Dios. *Ecce Deus*.

En medio de aquel revuelo, es precisamente un pagano el que confiesa la verdad de Jesucristo; un no creyente, el que invita a creer que el Crucificado es verdaderamente quien había dicho, el Hijo de Dios, el Mesías esperado, el Salvador del mundo. Aquello que no aceptaron los creyentes judíos lo profesa un pagano. Hermanos, la meditación de la última palabra es una llamada a la fe y a la fidelidad de todos los creyentes en Jesucristo.

Una llamada a la fe incluso en los momentos de máximo abandono y sufrimiento de la vida. Así lo vivió Jesús; y ese fue su ejemplo. En la oscuridad de la muerte puso su confianza en Dios y se fió de su promesa. «*Todo el que cree en Él, aunque haya muerto, vivirá*» (Jn 11,25-26). Vivirá, sí; no

en esta ciudad. En ellos describe su abandono absoluto en Dios, la confianza extrema en las noches de la fe, la experiencia sublime del amor cristiano.

Quedeme y olvideme, / el rostro recliné sobre el Amado. / Cesó todo y dejeme, / dejando mi cuidado / entre las azucenas olvidado.

Epílogo

Era la hora nona cuando murió Jesús; hacia las tres de la tarde, después de seis horas expuesto al cruel dolor de la cruz. Fue depositado en un sepulcro cercano con el llanto de todos, los presentes y los ausentes. Nadie sospechaba el milagro de su resurrección. Igual que el grano de trigo es depositado en tierra durante la siembra y tras la espera silenciosa del invierno aparece vivo y transformado en el primer brote de primavera, así resucitó Cristo de la oscuridad de la muerte. Este es el milagro que admira cada año el labrador. Este es el misterio que celebra cada año el cristiano. Jesús ha vivido su pasión y muerte como paso a la resurrección. En el lugar de la muerte ha resucitado la vida. La cruz y la resurrección son inseparables, ambas acontecen en el Calvario. Son dos caras de una misma moneda. Su pasión y muerte son el precio de la pascua, de la victoria de Cristo sobre todo mal que oprime al hombre. La cruz levantada el Viernes Santo contrasta con el Cirio levantado en la Vigilia pascual. La cruz, hermanos, se ha convertido en luz. Y este es el misterio que actualizamos cada año y cada día. Toda la vida es gloria y cruz; todos los días vivimos muerte y resurrección; siempre hay luces y sombras en nosotros y junto a nosotros. Pero sabemos que la última palabra no la tiene el mal, el pecado o la muerte, sino el bien y la vida. La última palabra es de Dios.

Queridos jóvenes, al contemplar en esta mañana la valentía de Jesús Crucificado, seguid a Cristo. No tengáis miedo ni complejo ante nada y ante nadie que pueda impedir creer y expresarnos libremente. Recordad una de las palabras que os legó Juan Pablo II en su último viaje a España: «*Podemos ser cristianos y modernos*». El mundo necesita de vuestra fe para poder prolongar el amor verdadero.

A vosotros, cofrades, que con vuestro esfuerzo hacéis posible la belleza de la Semana Santa hasta en los mínimos detalles; sois *co-fratres*, es decir, hermanos en común, que continúan el camino procesional de estos días de la semana de cada año sabiendo padecer y amar con la misma penitencia y humildad.